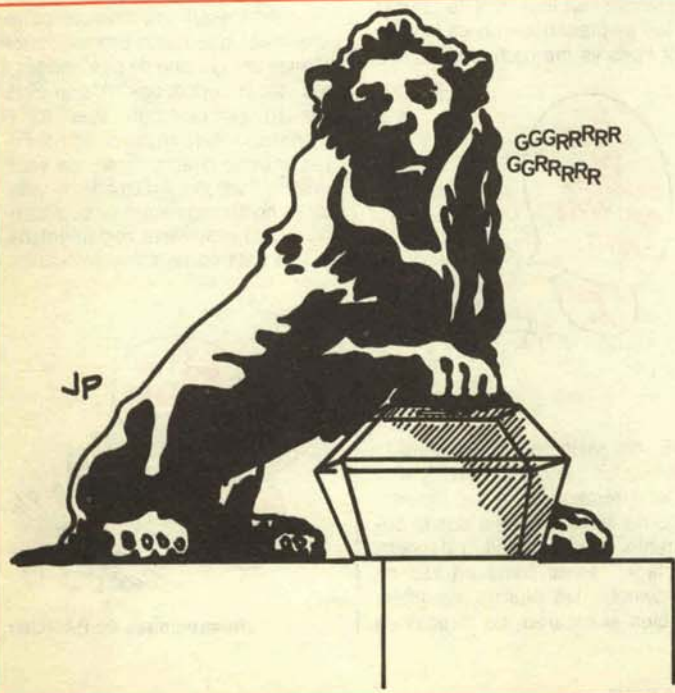


CATASTROFISTAS A LA VIOLETA

HAY muchos editoriales, y muchos artículos, y muchas expresiones —por ejemplo, la de «jenizaros del franquismo», aplicada a los «sans-culottes» de la mitología autoritaria—, que siendo razonables en cuanto a lo que tratan de remover y trasluciendo una opinión nacional, caen, no obstante, en una especie de expresionismo de película muda, yo diría que de expresionismo alemán, cuyo arte gestual es ya innecesario. El sonoro, que viene a ser como la razón desnuda, permite la economía de ademanes y un desenmascaramiento más sutil y más efectivo del espeso bloque dictatorial. Basta con la fría verdad, sin añadirle el aura de la pasión literaria, ya que esa pasión, por otra parte, descubre muchas veces al converso apresurado, al marrano, al fingido, al descomulgado. Vieja como el mundo es la costumbre de gritar para donde sopla el viento, y más poderosamente que los que ya están fatigados de dar voces en el desierto y pagar por ello en su carne y en su espíritu. No se emocionen con exceso los truchimanes, no me saquen el pecho libertario los camastrones, los sampablos derribados del caballo por la luz increada, los hermafroditas ideológicos, los relajados fugitivos, los ambiguos oportunos, los deslumbrados neófitos de la libertad. Estéense quedos y compórtense con discreción, que es virtud de almas principales, y no quieran ponerse delante de la procesión ni vender por cuatro cuartos a sus amigos de ayer. No me sean lacayos de su miedo ni se aposenten en el intestino de los que meramente parecen tener razón ahora, no halaguen el recto de los que en esta oportunidad parten el bacalao. Si salen las cosas como quieren los hombres de voluntad digna y recta, todos podremos cooperar a hacer una España más amena, más piadosa con sus hijos y más justa. Que los improvisados relatores del crimen de Cuenca no teman aquello mismo con lo que nos atemorizaron, nos azotaron y nos hundieron desde su verdad trascendental. No me sean deliberados catastrofistas a la violeta, no se cuelguen el cascabel de la libertad estentórea a su cuello de payasos de todos los circos, de perros de todas las bodas. ¡Un poco de dignidad, leche!

■ **LICANTROPO**



MADRID

MADRID-Madrid-Madrid, la tierra del requiebro y del chotis. Y de la huelga y la protesta ordenada y el reto a la oligarquía y las cosas como son. Que ya está bien de Agustín Lara y de explotar con mala leche descremada el mito costumbrista del Madrid de Arniches, la Revoltosa, don Ramón de la Cruz, la gaseosa, el agua, los azucarillos, el aguardiente, el azuquita, la canela y el clavo. Nada de eso, oiga, que el maestro Lara está ya enterrado en Jalisco y los Amigos de la Capa andan todos de capa caída.

Madrid, en los últimos tiempos, desde la muerte de Carrero hasta la manifestación de ayer mismo en la Gran Vía, pasando por la muerte de Franco y la resurrección de Camacho a los tres días, está demostrando que no es una ciudad-sainete, que se le ha creado gratuita y malévolamente una estampa de zarzuela reaccionaria, pero que lleva dentro un pueblo, una gente (la pobre gente de Madrid, que diría Patachou) con conciencia de clase, sentido social, civismo y recursos de protesta y organización política. Los del Metro, los de la construcción, los taxistas (mis queridos, bárbaros y entrañables taxistas), todo el mundo está haciendo aquí las cosas por su sitio, con orden y respeto, sin romper un cristal, como ha dicho alguien. Y el personal lo mismo, que aguanta las huelgas de los Bancos y de los carteros con sonrisa democrática, y hasta los guardias de la porra, que se han reunido en la Plaza Mayor, cívicamente, para protestar de sus seis mil doscientas cincuenta pesetas de sueldo mensual. Y eso que el guardia urbano sí que era un personaje de entremés novecentista. O sea, que un respeto.

El pueblo de Madrid, vilipendiado por el folklore aplaciente y sepultado por el centralismo faraonizante, ha levantado la cabeza como en el dos de mayo y en el catorce de abril, y ha demostrado, está demostrando, que no es un dúo de zarzuela, sino una masa ordenada, concienciada, cívica, ejemplar, que sabe pedir las cosas y plantear sus retos. Se acabó el cliché del Madrid con los nardos apoyaos en la cadera, tan vilipendiado por la periferia. El pueblo de Madrid es pueblo, como cualquier otro de España, y nunca ha tenido por barricada un organillo. Falta el Goya actual que lo pinte, pero nada más.

■ **UMBRAL**